

N.º 51

25 cts

DON JUSTO EQUIVOCADO

por JEAN HERCHALT
Herchalt



BIBLIOTECA EMOCIÓN

PUBLICACION SEMANAL

SIDNEY, Scott F.

DUAROVICH GREGI MAM

TSINGHUA UNIVERSITY

BIBLIOTECA EMOCION

DON JUSTO EQUIVOCADO

(THE WRONG MR. WRIGHT, 1927)

Comedia de la vida moderna, interpretada por

Jean Hersholt

Errid Bennet

DOROTHY D'EVORE

Versión literaria de
CRISPULO GOTARREDONA

Exclusivas Universal, Hispano American Films, S. A.

Calle Valencia, 2.3. - Barcelona

GULÓ D'HAROLD SHUMATE SEGONS L'OBRA
TEATRAL DE GEORGE BROMWELL



FOTO GRAFIA DE GEO ROBINSON

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

París, 204 - BARCELONA



DON JUSTO EQUIVOCADO

I

Los ascendientes de la familia Blanco provenían de los dilatados tiempos en que se descubrieron las maravillosas aplicaciones de las ballenas para la fabricación de corsés.

En el número 1872, bis, de la Novena Avenida, estaban establecidos los algún día importantes almacenes de la fábrica de Corsés "La Venus de Milo, S. A." ya en franca decadencia desde que a las mujeres les dió por llevar el talle suelto y desechar aquel refinado instrumento de tortura.

Sin embargo, no podía irsele a don Sylas Blanco, director-propietario del caduco establecimiento, con el cuento de que los tiempos habían cambiado. Era un "fanático" del corsé e imponía su uso a todas las dependientas de la casa, unas muchachas muy

monas todas ellas a quienes no podía acha-cárseles más defecto que el de que usaron el susodicho instrumento ciliciatorio.

Ayudaban a don Sylas, en las complicada labor de organizar y administrar el establecimiento, sólo individuos de su familia, de ahí el abolengo "ballenesco" de la misma.

Claro está que los segundos de aquel bar-co ballenero no compartían ni mucho menos las ideas de su patrón. Justo, hijo de don Sylas, hubiera navegado para otros mares si la autoridad del padre hubiese sido tan flexible como las ballenas de los corsés que fabricaba, más, don Sylas era de un genio dominante y había sacrificado el porvenir de su hijo, haciéndole perseverar en un negocio que no habría de darle más que hambres y miserias para el resto de sus días, si el uso del corsé seguía restringiéndose como hasta entonces.

La ley de los contrastes había establecido una gran diferencia entre padre e hijo; contra la energía de aquél, éste demostraba una pasividad a prueba de bomba, y así en todo: mientras don Sylas vivía por el negocio y para el negocio, su hijo gustaba de soñar aun en los tiempos románticos. En sus horas de asueto, hacía versos, cosa que ha de conducir a la ruina a toda persona que sienta esa debilidad.

El primo, Samuel Blanco, hacía las veces



—¿Conque viuda y rica, eh?

de cajero. En la actualidad, su única ocupación era limpiar las telarañas de la caja de caudales, ya que desde hacía tiempo los dólares no entraban en ella.

Otra de las personas que había de intervenir en esta verídica historia era Federico Bond, que si bien no pertenecía a la familia era tan adicto a la casa que se consideraba, sino de la familia, con cierto parentesco con la razón social. Figuraba como jefe de ventas de "La Venus de Milo, S. A." y estaba convencido de que los corsés ya sólo podían venderse a los museos de Historia Natural

o a los coleccionistas de objetos de tortura de tiempos de la inquisición.

—Créame, justo—decía en cierta ocasión al hijo de su principal—. La industria de su papá, no es un jefe de ventas lo que necesita, sino un R. I. P.

Don Sylas oyó ese fúnebre vaticinio y reprendió duramente al que lo había formulado.

—Me indignan sus palabras, Federico. ¡Usted no habría perdido la fe en los corsés si yo le hubiese obligado a llevar uno!

Bond se marchó refunfuñando.

—El viejo quiere arruinarse y yo no lo consentiré. Por algo le he tomado cariño a los corsés...

En efecto: Bond quería concurrir a la exposición de Modas que estaba a punto de inaugurarse en Atlantic City con unos cuantos modelos de su invención. Eran unas camisas-corsé muy ingeniosas, pero había propuesto el negocio a don Sylas y éste lo desechó diciendo que aquellas camisas, disfrazadas de corsé, asentarían el golpe de muerte a su industria.

Cuando a Federico se le metía una cosa entre ceja y ceja, no daba su brazo a torcer y buscaba la manera de llevar a cabo su proyecto, aun contra la negativa de don Sylas.

Samuel era su "cómplice" en aquel com-

plot, y aquella mañana le dijo con mucho misterio:

—Samuel, es hora de que entre los dos salvemos a don Sylas. Dispongamos de esos tres mil dólares que le ha prestado el Banco a don Sylas y salvemos a la casa.

—¿Ha consultado a Justo? Yo creo que sin él no debemos hacer nada.

—¿Justo?... ¡Calle, hombre! Es la calamidad más grande que he visto en mi vida... No cabe más que dibujar mujeres en ropas menores... para los anuncios de las revistas, y nada más.

—Bien; pues como se trata de salvar a mi tío de la ruina, accedo a secundarle, Federico.

Mientras ambos estudiaban los pormenores del golpe que iban a realizar, Justo se hallaba como de costumbre en su despacho, dibujando mujeres en ropas menores y comiendo manzanas, que era su fruta predilecta.

Pero aquel día, la mente del romántico dibujante, estaba apartada de los bonitos dibujos que trazaba su pluma. Volaba muy lejos. Se retrotraía a su pasado, hacia su juventud, ¡ay!, un poco lejana, y se concentraba en el recuerdo de una mujer, cuyo perfume, el del recuerdo, era más penetrante que el de las manzanas que iba devorando a dentelladas.



Una vez en el hotel...

Dicha mujer, que de tal manera alteraba los pensamientos de Justo, respondía al poético nombre de Arabella. Habían sido novios y hacía quince años que la ingrata le había abandonado para casarse con otro... Justo se hallaba extasiado mirando el retrato de la mujer infiel y leyendo por centésima vez una carta que había recibido aquella mañana, su padre le sorprendió en esa actitud.

—¿Hace quince años que se te escapó y aún te acuerdas de ese grillo?—exclamó don Sylas.

—Papá—respondió Justo con alegría—, acabo de recibir carta de ella... ¡después de quince años! Léela y verás.

Don Sylas la empezó a leer y mientras avanzaba en la lectura sus ojos iban perdiendo su habitual rudeza. La carta en cuestión decía lo siguiente:

“Adorado Justito: ¿Aún te acuerdas de mí? Soy viuda y rica... He roto las cadenas y sólo deseo volver a tus brazos. Te espera en este hotel, tu Arabella.”

La carta estaba fechada el día antes en Atlantic City.

—¿Con que viuda y rica, eh? ¡No te preocupes, ya le contestaré yo!

Y sentándose en la mesa, redactó la contestación en los siguientes términos:

“Adorada Arabella: Después de los años no he podido borrar tu imagen de mi mente. ¡Qué ingrata fuíste! Salgo inmediatamente para verte y casarnos en seguida.”

Hizo firmar la carta a Justo, y después le ordenó:

—Y, ahora toma cuarenta dólares, vete a Atlantic City, diviértete, cásate... ¡y no olvides de devolverme el cambio!

II

A la mañana siguiente en "La Venus de Milo, S. A." reinaba gran confusión.

—¿Se puede saber qué es este jaleo?— preguntaban las dependientas al entrar en el trabajo y ver los grupos que se habían formado en todas las secciones de la casa.

—¿Es que se ha vendido algún corsé?— añadió otra.

Era que se había descubierto el desfalco de los tres mil dólares. Samuel había desaparecido y Federico también, pero don Sy-las daba la culpa de todo a Samuel.

—Lo tuve a mi lado toda la vida... y ahora me paga con la más negra ingratitud. Si no recupero esos fondos, iré a la quiebra como un banquero cualquiera.

Don Sy-las decía esto a un detective que había llamado, para que se encargase de la

—Para este asunto emplearé a mi secretaria, una escocesa que penetra más que el busca y capture del cajero infiel. wysky, y yo le aseguro que cogeremos a Samuel, vivo o muerto.

—¡Muerto no, caray! La suma es impor-



Y se quedó ¡vaya si se quedó!

tante, pero no quiero amargar mi conciencia con el remordimiento de un crimen.

Vino un criado, anunciando que la señorita Oliver preguntaba por el detective y éste indicó que la hiciese pasar.

—Es mi secretaria—añadió dirigiéndose a don Sy-las.

No sabemos que idea tendría formada don Sy-las de una muchacha detective, pero el caso es que al examinar a la muchacha que acababa de presentarse, hizo un gesto de disgusto y dijo al oído del detective:

—Será todo lo detective que usted quiera, pero no lo parece.

—¡Ahí está el truco—respondió aquél guiñándole un ojo—, ¿o es que usted quiere que fume en pipa?

—Lo que yo quiero es que, sea usted o sea ella, detengan al ladrón—respondió el fabricante de corsés.

A partir de aquel momento, el detective, Mr. Harrys y la señorita Oliver extendieron el plan y determinaron que lo mejor era coger un auto y alcanzar el tren de Atlantic City, ya que todos los indicios hacían creer que el ladrón se había ausentado del pueblo.

—¿Quiere usted hacerme una descripción del cajero infiel?—dijo Harrys.

—Es un tipo ni alto ni bajo, un poco gordito, con bigote. Usa lentes—indicó Sylas.

La señorita Oliver tomó nota, y, después, ella y el detective marcharon, para poder alcanzar el tren en una estación donde paraba dos horas.

Anochecía cuando alcanzaron el tren de Atlantic City, y recorrieron todos los vagones, para ver si daban con el viajero que perseguían, pero sus pesquisas resultaron infructuosas.

—Lo dejaremos para mañana—dijo Harrys.

La noche transcurrió sin incidentes. A la mañana siguiente, cuando los pasajeros

se hallaban en el vagón lavabo, el detective le hechó el ojo a uno que traía en la maleta unos cuantos corsés. Era Justo, el cual había tomado unas muestras para ofrecer a la Arabella de sus sueños, como delicado presente de amor.

Harrys le siguió, y una vez le vió apoyado fué a buscar a su secretaria y se lo enseñó.

—Estoy seguro de que es ése. Lleva la maleta llena de corsés y sus señas coinciden exactamente con las que dió Blanco.

—Sí, sí. Usa americana, lentes, bigote... ¡El es, no falla!—afirmó la señorita Oliver.

—Yo me encargaré de él—añadió la señorita Oliver—. Ya verá usted cómo sin violencias le hago cantar de plano.

Y la bella secretaria, porque era bella de verdad, se puso manos a la obra. Principió por disimular una torcedura de pie en el momento que pasaba por delante del asiento de Justo y se echó sobre él.

—Dios mío, qué golpe me he dado en el tobillo!

Justo era un hombre poco avezado al trato con mujeres y se encontró muy cohibido cuando se le echó encima aquella mujer tan bella.

—Si fuera tan galante, ¿quisiera quitarme el zapato?—pidió acompañando sus palabras con una sonrisa insinuadora.



*...el detective y su secretaria no le dejaban
a sol ni a sombra*

Justo obedeció y hasta se interesó por ella. Minutos después, ya había recobrado aplomo y charlaba con cierta lucidez con la viajera.

—Hace tiempo tuve un novio que se parecía a usted. ¡Aún le amo!

—¿Ah, sí? ¡Qué casualidad!

—Nos conocimos en la mampara giratoria de un café y estuvimos mucho tiempo dando vueltas juntos en la vida...

La señorita Oliver trató de conseguir a fuerza de confidencias alguna declaración

de Justo, pero éste se mantuvo reservado y ocultó hasta su propio nombre.

De modo que después de unas cuantas horas de viaje, miss Oliver ignoraba hasta los más pequeños incidentes de su compañero de viaje mientras este conocía una serie absurda de detalles acerca de la vida de su bella compañera, lo cual despertó en él un sentimiento de admiración y simpatía por aquella joven abandonada por un novio en la más tierna edad.

Al mediodía llegaron a Atlantic City y Justo se encaminó hacia el "Atlantic Hotel", donde debía encontrarse con su amada Arabella.

En "Atlantic Hotel", a pesar de ser un centro de veraneo, los precios eran "de abrigo". En él las señoras usan falda hasta el tobillo para el desayuno, hasta las rodillas para la hora de la comida y se presentan en traje de baño para la cena. (Conviene advertir que en "Atlantic Hotel" no hay respon-
pones).

Sin que fueran notados por Justo, el detective y su secretaria siguieron sus pasos hasta el hotel.

—¡Si éste no es Blanco, nos vamos a ver negros! —decía el detective descorazonado por el resultado del ardid de la señorita Oliver.

Una vez en el hotel vieron que su perse-

guido era detenido por una señora de gorda desmedida. Era la dulce Arabella que con el tiempo, se había hinchado como un odre.

A la vista de aquel esperpento, Justo perdió todas las ilusiones que había acariciado durante quince años.

—Es usted Justito, ¿verdad? ¿Te acuerdas de tu flor de manzano?

Dos niños rollizos como ella y sucios hasta la exageración se aproximaron a la señora y ésta explicó al decepcionado corsetero:

—Sí; mi marido murió en un accidente y me dejó dos gemelos, ¡para que veas!

Harrys y su ayudante presenciaban la escena y a miss Oliver se le ocurrió un ardid para ver si era o no aquél, el individuo que buscaban. Escribió unas palabras en un papel y lo dió al botones diciéndole:

—Toma; llama al señor Blanco y entrégale este papel.

—¡El señor Blanco! ¡Don Samuel Blanco! —empezó a gritar el botones.

Esto fué una revelación para Justo. El podía hacerse pasar por su primo y eludir así el compromiso que había contraído con aquella mujer. Uniendo el pensamiento a la acción, hizo una seña al botones.

—Aquí, hombre!



—¡Si! Se la devuelvo por que no la admití sinceramente.

Arabella se le quedó mirando con extrañeza, y Justo explicó:

—Señora: Soy Blanco, pero no Justo. Se trata de un pariente mío. Yo soy Samuel, para servirla.

Aquel papel no decía nada, pero había sido suficiente para salvar a Justo de un serio compromiso. Resuelto aquello, se encaminó al mostrador, y pidió precios.

—Tenemos habitaciones corrientes desde veinte dólares diarios... Si el señor quiere

de las preferentes, son desde cuarenta dólares—le informó el encargado.

—¿Al contado o a plazos?—preguntó Justo haciendo ademán de coger la maleta y marcharse a otro sitio.

Pero sólo hizo el ademán porque vió ante él a la bella viajera del expreso que le dirigía la más amable de sus sonrisas.

—Se marcha usted ya, señor?

Justo dejó las maletas en el suelo y respondió con rendida galantería:

—Pensaba ir a otro hotel más caro, pero si usted lo desea, me quedaré en éste.

Y se quedó, ¡vaya si se quedó!

III

Aquella misma tarde Justo tuvo en un pasillo del hotel un encuentro providencial, tropezándose nada menos que con Federico Boud.

—¡Caray! ¿Cómo usted por aquí?—preguntó con la mayor extrañeza Justo.

—No puedo explicarle nada de momento, pero ¿y usted, Jus...?

Justo no le dejó concluir, tapándole la boca.

—¡Cuidado! No pronuncie mi nombre. Acabo de sufrir un desengaño atroz... Figúrese que vine a casarme con mi Flor de Manzano, o séase Arabella, y la flor ha dado fruto... ¡Y qué fruto! Espero que usted me ayudará, Federico, y si alguien pregunta por mí, pase lo que pase, yo no soy Justo sino Samuel, ¿entiende? ¡Pase lo que pase!

—¿Samuel? ¡Está bien!

—No se me oculta que es incorrecto usurpar un nombre, pero cuando a uno le persigue una ballena, está justificado todo.

—¡Ay... Samuel! ¡A ver si nos va a salir un juerguista!—dijo Federico.

—Hombre, a propósito: vine casi sin dinero. Si pudiera prestarme trescientos dólares, yo le firmaré un cheque y ya lo cobrará cuando volvamos a casa.

Federico le dió la suma pedida y se despidieron sin que Justo se enterase de que su primo se encontraba en Atlantic City.

A todo esto, el detective y su secretaria no le dejaban ni a sol ni a sombra. Habían presenciado la escena que acabamos de referir y hacían comentarios acerca de la misma.

—Usted es mujer—le dijo el detective. Aproveche sus encantos naturales para sacarle una confesión.

La señorita Oliver lo prometió así. Precisamente las cosas se presentaban a pedir



Don Justo les echó de allí con cajas destempladas

de boca, pues durante los días que ambos permanecían en el hotel, Justo la había galanteado algunas veces, cosa que no dejaba de gustarle a ella.

La obesa Arabella estaba desesperada. Aguardaba en vano a su Justo y éste no se presentaba.

—No comprendo cómo Justito tarda tanto después de la carta que me escribió... Le estoy esperando para casarme—decía a todo el mundo.

Un día Harrys ordenó a la señorita Oliver que llevase a Justo a un sitio retirado y procurase sacarle la verdad, fuera como fuera.

Justo había experimentado un gran cambio. Había en el hotel un pollo-pera que se llevaba a todas las chicas de cabeza por su elegancia en el vestir; Justo notó que hasta la misma señorita Oliver le distinguía bastante y con objeto de acaparar esa atención que él quería para sí se vistió como un verdadero dandy.

—Si no nos damos prisa acabará con el dinero antes de que descubramos dónde lo tiene escondido—dijo Harrys al notar el derroche a que se había entregado Justo.

Sin embargo, a la señorita Oliver estas cosas le halagaban su vanidad femenina. Sentíase amada por Justo y esto le proporcionaba cierto agrado indefinible, y procuraba corresponder admitiendo su platónica adoración.

Y ocurrió que una tarde, Justo la invitó a dar un paseo por el parque de atracciones y la señorita Oliver mostró deseos de subir en la "rueda". Como todo deseo de la bella irlandesa era una orden para Justo, aceptó de mil amores.

Miss Oliver aprovechó un momento de distracción de Justo para poner un dólar en la mano del maquinista, al propio tiempo que le decía al oído:

—¿No podría estropearse la máquina mientras estemos arriba?

Se cumplió el deseo de la señorita Oliver y ésta y su acompañante quedaron confinados en lo alto de la rueda. Alguien podría creerse que el propósito de la joven "detective" era obtener por aquel medio una declaración del delito por qué se le perseguía, pero quien tal pensase estaría en un error: la señorita Oliver ¡al fin mujer! buscaba una declaración de amor y se valía de aquella artimaña para obligarle a formular una franca confesión sobre la clase de simpatía que le inspiraba.

Cuando la máquina se quedó parada, la irlandesa se arrojó a los brazos del corsetero y exclamó fingiendo tener mucho miedo:

—¡Se debe haber estropeado la máquina!
¡Qué miedo!

En su vida se había visto Justo Blanco en un caso semejante. No sabía qué hacer ni qué decir; pero si las palabras le añegaban la garganta sus músculos funcionaban regularmente y primero oprimió el cuerpo de su linda amiga con mucha suavidad, después fué apretando más fuerte y, finalmente, los dos cuerpos se habían fundido en un abrazo desesperado, como si fueran los dos los que estaban asaltados por el miedo de verse a diez metros sobre el nivel del suelo...

—¡Qué miedo! —volvió a decir la señorita Oliver, mirando a los ojos de su amigo.

¡Qué mirada! Justo no se había visto mirar así ni aún en los remotos tiempos en que Arabella era fina como un juncos. No pudo resistir la atracción de aquella mirada y lentamente se fué acercando hasta estampar un beso en los labios de miss Oliver.

Pasados los primeros momentos, Justo recobró la calma y exclamó:

—¡Soy un canalla! Un caballero no debe besar a una mujer sin haberle dado antes palabra de casamiento.

Y diciendo esto, se sacó una de las sortijas y la puso en el dedo de miss Oliver.

—Pero ahora ya puedo!

Volvieron a fundirse los dos en un tierno abrazo sin darse cuenta de que el armatoste ya se había puesto en marcha. No volvieron en sí, hasta que ya estaban en tierra.

En el parque de atracciones se hallaba Arabella con sus amigas, a las cuales decía en un tono de voz que permitió a Justo enterarse de todo:

—¡Deje que yo coja a Justo!... ¡Yo le enseñaré lo que es justo hacer cuando uno se burla de una mujer. De los míos, no puede burlarse nadie.

Siguieron andando, los dos amigos. La señorita Oliver iba pensativa. De pronto se



—*Tu mi buena prima...*

sacó el anillo del dedo y lo devolvió a Justo.

—Sí; se lo devuelvo porque no lo admití sinceramente...

—La cosa no es tan grave como usted se figura—objetó Justo—. Yo la amo a usted y voy a confesarle un secreto...

—¡Por Dios, cállese! ¡*Lo sé todo!*— se apresuró a decir la “detective”—. Jamás me perdonaría verle en la cárcel por mi culpa!

Y sin decir más desapareció dejando a Justo estupefacto.

yo en oY asétoz andas si ades si
muy aguci si sup se ellz ob adasq y dici
cito batez la v ontrz ien a heiminoz qdiz
s cionqell wotz obesoz si usolz nazi
azimb y simo al vortz osiz na dianzib
y si al shingz de dianzib y avinmzob

IV

A partir de aquel momento una idea obsesionante le barrenaba a Justo la cabeza.

—La cárcel... ¡LA CARCEL!

Fué a consultar el caso a Federico.

—Sáqueme de una duda—le dijo—. Por romper una palabra de matrimonio, ¿pueden meter a un hombre en la cárcel?

—¡Ya lo creo! ¡Por eso se casa tanta gente!—respondió Federico.

Entonces, la señorita Oliver tenía razón. Sólo le asaltaba una duda: ¿cómo se había enterado ella de aquéllo? Pero Federico no le pudo contestar.

La señora Arabella se presentó hecha una furia y se encaró con Justo:

—¡Se acabó el sainete! ¡Acabo de saber que Justo Blanco es usted! Con esta carta que aquí vé, le pongo un pleito y le obligo a cumplir.

Justo vislumbró una oportunidad para apoderarse de la carta comprometedora, y revistiéndose de la mayor dosis de cinismo, habló así:

—La razón le sobra, señora. Yo no soy Justo, y prueba de ello es que le tengo una gran enemistad a mi primo y si usted quiere, en calidad de abogado, estoy dispuesto a defenderle su pleito. Déme la carta y demás documentos y presento en seguida la demanda.

—Gracias, pero prefiero entregarla al juez yo misma. ¡Ese Justo, o va al himeneo o a la cárcel!

—Quizá cuando usted le vea no lo quiera. Los hombres, como los huevos, perdemos mucho con el tiempo, señora—advirtió filosóficamente su interlocutor.

Aquella tarde se presentaba en "Atlantic Hotel" un anciano de rostro vivo y ademanes enérgicos, con aires de coronel jubilado o cosa así, y preguntó por Arabella. Una vez ante ella, adoptó un continente fiero y le dijo:

—Yo soy Justo Blanco. ¿Es usted Arabella Bólido?

La interpelada asintió, pero le rechazó con un ademán. En aquel instante se presentaron los dos gemelos y Justo les examinó con gesto adusto.

—¡Hum!... ¿Cómo dejan entrar en este hotel a esos chiquillos tan sucios? — preguntó.

El amor de madre dió fuerzas a Arabella para decir:

—¡No son sucios! ¡Los baño cada semana!

Don Justo los echó de allí con cajas destempladas y prometió que cuando fuera su padre les daría doscientos azotes diarios, lo cual exacerbó el amor materno de Arabella; la cual, a su vez mitigó tanto el amor por don Justo que sacando la carta y haciéndola mil pedazos la echó a sus pies.

—¡Aquí está su estúpida carta! ¡Téngala y rompamos el compromiso!

Entre los huéspedes de Atlantic Hotel había otra atormentada por el mal de amor. Era miss Oliver. Aquella tarde hablaba con el detective, sin reparar que a su lado había un viejo, el que se había hecho pasar por don Justo y lo era, efectivamente.

—Quizá sea culpable, pero estoy segura de que es el primer caballero que conocí en mi vida. ¡Ojalá se escape!—decía miss Oliver.

—¿Caballero?... — replicó el detective—. ¡Es un vulgar ladrón que voy a desenmascarar ahora mismo!—y se marchó hecho una furia.

El viejo caballero se aproximó a consolar a la secretaria que lloraba a lágrima viva.

—¡Va a hacer preso al único hombre que ha sabido conmoverme... Y si lo consigue, será por mi culpa.

—¡Oh, cruel contraste! Junto con la alegría



— ¡Y usted policía de nombre, ¡e ha lucido!

más grande que había recibido en su vida, le venía el peligro de verse en la cárcel de un momento a otro...

Dejó ir a la joven y se presentó el detective hecho una furia y como tropezara con él, le dió un fuerte empujón. Justo perdió la estabilidad y cayó al suelo. Un joven que había presenciado la escena se indignó de ver así atropellado a un pobre viejo y se encaró con Harrys.

— Parece que tiene usted buena izquierda, ¿no? Pues vamos a verlo.

Y empezó a soltarle puñetazos. Harrys también tenía buena mano y se defendió como pudo. Después de que se batieron el cuerpo de lo lindo, el muchacho que se pegaba por defender a un viejo vió que éste era falsificado. ¡A Justo se le había caído la peluca!

Iba a tomar justa venganza de don Justo, cuando acudieron varias personas, entre ellos Federico, y la novia de éste, que era, precisamente, la hija de Samuel.

El detective cogió a Justo por un brazo y dijo:

— Samuel Blanco: ¡dése preso sin oponer ninguna resistencia!

Había pasado el peligro de Arabella y Justo consideró que era llegado el momento de darse a conocer. El asombro del policía y de la señorita Oliver, que acababa de entrar en la estancia, fué grande, cuando oyeron de sus propios labios:

— ¡Yo soy Justo y no Samuel Blanco!

— Justo o equivocado, robó usted los dólares de “La Venus de Milo”.

Justo, que ignoraba lo ocurrido el día de la partida, protestó. Después solicitó la ayuda de Federico.

— Oiga, Federico: dígale a ese Charlot Holmes quién soy yo.

— Pues éste es... es mi buen amigo Samuel Blanco.

—¡No mientes, Federico! — chilló Justo. Entonces reparó en la presencia de su prima y le suplicó:

—Tú, mi buena prima, di a esos idiotas quién soy yo.

—Pues ¿quién has de ser? ¡Samuel Blanco!

Estaban a punto de llevárselo cuando hicieron su entrada triunfal don Sylas Blanco y el propio Samuel en persona.

—¡Papá de mi alma! ¡Di quién soy yo! — suplicó Justo, que hasta ya dudaba de su propio nombre.

—Eres mi hijo Justo y estoy orgulloso de ser tu padre.

Después se volvió contra Harry, y le dijo:

—Y usted, policía de nombre, se ha lucido. Los que perseguía usted como ladrones, habían venido aquí para labrar mi riqueza.

El policía se marchó más corrido que una mona. Iban a seguirle también la señorita Oliver, pero no pudo, porque en aquel momento Justo la cogió por una mano y la presentó a su padre.

—Ahora que marchan bien las cosas, papá, quiero pedirte un favor. Me mandaste aquí para casarme con Arabella y la cosa no pasó de ser un vano proyecto... Yo tengo ganas de casarme y esa señorita también... ¿nos dejás hacer el gusto?

Don Sylas estaba de buenas. Examinó a la joven y reconoció en ella a la secretaria de Harrys. Frunció el ceño, pero lo desarrugó en seguida. “Para policía—pensó—estaba mal, pero para mujer de mi hijo, está superiormente”. Sólo una cosa le echó de menos.

—¿Por qué no usa corsé, joven?

La señorita Oliver se ruborizó y de pronto no supo qué contestar. Sylas añadió:

—No importa; con corsé o sin él, las mujeres pueden ser buenas esposas y madres amantísimas cuando haga falta. Para esto último son preferibles sin corsé. Además, con el invento de la camisa corsé ¿para qué quiere usted el viejo instrumento de tortura heredado de la inquisición?

—Papá, ¡que no le vas a vender ninguno! — le atajó Justo.

—Es verdad, hijo mío. Con el éxito que he obtenido en la exposición, gracias a la ingeniosidad de éhos, he perdido la cabeza.

* * *

Se casaron. Justo volvió a ser justo. Ahora tienen dos hijos, que no son gemelos. Se parecen a Justo como una gota de agua a

otra gota de agua. Padre y madre son dichosos. La fábrica exporta camisas-corsé en gran escala. Se están haciendo millonarios por momentos. Samuel—el pobre Samuel!—tiene mucho trabajo contando el dinero que entra y sale de la caja. Federico se ha casado con la primita de Justo. Don Sylas ya emprendió el viaje de donde no se vuelve... La vida es así.

F I N

Llegada a su fin la obra, los tres amigos se despiden. Samuel dice adiós a su hermano y a su esposa, y se dirige al tren que lo llevará a su casa en el pueblo de su infancia.

Algunos días más tarde, cuando el tren que lleva a Samuel se acerca a su destino, el muchacho se detiene en un vagón cercano para ver a su hermano y a su esposa. Mientras tanto, el tren continúa su viaje, pasando por un bosque de pinos. De repente, Samuel oye un ruido extraño que viene de la parte trasera del tren. Al principio, piensa que es el ruido de una máquina, pero pronto se da cuenta de que es el ruido de un coche que viene detrás del tren. Samuel corre hacia la parte trasera del tren y ve que un coche se acerca rápidamente. El coche se estrella contra el tren y el choque hace que el tren se detenga abruptamente. Samuel salta del tren y corre hacia el coche, que ya no está allí. Solo queda un agujero en el terreno y un trozo de metal en el suelo.

El amor en verso

POESÍAS PARA POSTALES

**PARA ELLAS, PARA ELLOS
Y PARA TODOS**

Discreteos, declaraciones,
confirmaciones, esperanzas,
realidades, pesadumbres,
alegrías rencores y celos

Felicitaciones de Santo,
cumpleaños y año nuevo

por

Diego de Marcilla

Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

Cubiertas artísticas en tricolor

PRECIO: UNA PESETA